

rabillo del ojo, creía descubrir en su fisonomía de madrileña vivaracha un gesto indefinible, un nublarse repentino de las pupilas, una ligera sombra de tristeza, en medio de risa, que delataban incompletamente cierto afán de aspiraciones vagas ó impulsos latentes de ambición mal entendida. Doña Manuela y Don José dieron á los chicos por novios apenas hubo indicio para ello: Pepe, más listo, adivinó que Millán quería á su hermana, pero que ella no estaba tan enamorada como él.



III

En su primera época de estudiante, casi niño, no fué Pepe de esos muchachos que se sientan lo más cerca posible del maestro, aprendiendo de memoria, como loros, cuanto se les manda, antes por obediencia y aplicación irreflexiva que por verdadero amor á estudios que aún no entienden, pero tenía inteligencia sobrada para comprender que había de llegar un día en que de todas aquellas asignaturas y materias, que juntas querían meterle por fuerza de golpe en la cabeza, tendría que fijarse en alguna, decidirse y estudiarla, confiando á la perseverancia en el trabajo su porvenir y el amparo de los suyos. Durante esos años, en que el hombre ignora la realidad de sus tendencias y la índole de aquello á que debe dedicarse, él, entre dudas y vacilaciones,

pugnaba por determinar *lo que sería*, como si á todos permitiera la fortuna marcar el rumbo de su vida. Por fin, la afición á la historia y el interés que, apenas comenzó á hombrear, mostró para seguir en conversaciones ó lecturas la marcha de los sucesos políticos—tan agitados en aquel tiempo— le hicieron inclinarse á la abogacía, carrera en que la antigüedad de los pueblos, la política, el derecho y las letras, aparecían á sus ojos formando, no un camino más ó menos ancho, sino un conjunto de senderos que podían llevarle á suertes prósperas y varias. Su existencia tenía un fin doble, y a-i lo comprendía él: ser obrero de su propia fortuna y sostén de sus padres. Pero estas ideas no despertaban en su ánimo temor de lucha ni necesidad de abnegación. Llegar á *ser algo*, le parecía cosa natural. ¿No llegaban otro? Propósito de desinterés en aras de su familia, nunca lo hizo su pensamiento. Se dijo sencilla y espontáneamente que era necesario en su casa, que allí quien debía trabajar era él, si imaginar jamás que sus más penosos esfuerzos por lograrlo pudieran llamarse abnegación ó sacrificio, ni siquiera deber: lo haría porque sí, porque era el hermano mayor, el único hombre de la casa.

En sus cálculos no entraba Tirso para nada. Si nó, ¿quién lo haría?

El camino que la desgracia ocasionó en la vida material de Pepe, fué en un principio apenas sensible: al pronto, todo se redujo á que los pocos libros de texto que había comprado anduviesen rodando de la mesa del comedor á la de su cuarto, hasta que él los guardó por no verlos. Aparentemente, con ocultar aquellos libros se borró en la familia la idea de que Pepe había tenido que renunciar á la carrera: Doña Manuela, que era buena, pero poco avisada, sintió cierta amargura; la resolución de su hijo la entristeció, por señal inequívoca de grandes privaciones:—"El pobre ha tenido que dejar los estudios"—decía, sin poder profundizar todo lo que en esta frase iba envuelto. A Leocadia le mortificó el suceso más que á su madre, pero de otro modo. Mientras Pepe se limitó á trocar la clase por el destino del Senado, decía,—"A mi hermano le han empleado"—y en el tono con que lo pronunciaba descubría algo de amor propio satisfecho. El verdadero disgusto lo tuvo cuando, á consecuencia de la proposición de Milán, entró Pepe de corrector en la imprenta: aquello de que su hermano ganara un jornal

la impresionó amargamente, en parte por lo que significaba tal determinación, y más aún por vanidad herida. Su gran temor era que Pepe llegara á ponerse blusa para trabajar, como si en este detalle fuese envuelta toda la ruina de la casa. Transigía con la pobreza, con la miseria, con todo; pero á lo vergonzante, no enterando al projimo de humillaciones que no le importaban. La mayor pesadumbre fué para Don José. Los tres años de Derecho que curso Pepe, le habían acostumbrado á pensar en su educación como en un esfuerzo costosísimo, más para él lleno de encantos. El humilde empleado que pasó la vida á salto de mata, de oficina en oficina, de centro en centro, sin apoyo ni valimiento, había logrado adquirir tales hábitos de orden y economía, que iba á serle posible dar carrera á este hijo, y dársela á su gusto, no como se la dieron al otro. El pobre viejo no alcanzaba por qué medio sería ello; pero con los ojos de la imaginación veía al chico ya vestida la toga de vuelillos blancos, con el birrete puesto, la placa en el pecho y sentado en un sillón de alto respaldo, escuchando informes de abogados que, al dirigirse á él, hablarían con profundísimo respeto. . . . y, de repente, vinieron

el descuento, las pérdidas, los atrasos, la jubilación, reduciéndose el futuro juez á empleado colocado por el favor de un amigo, y á merced de quien tuviese influjo para quitarle cualquier día la plaza en proyecho de otro. La resolución adoptada por Pepe de ir á trabajar con Millán, hirió dolorosamente el ánimo de Don José: pero hubiera sido difícil precisar qué impresión le hizo más mella, si el dolor de ver á su hijo llevado á tal extremo, ó el orgullo de considerarle tan fuerte ante la adversidad. Las lágrimas de ternura se secaron pronto en sus ojos: el engreimiento no se le borró del alma.

El más duro para resistir á la desgracia fué quien más perdía con ella: el mismo Pepe, que, así como no dió importancia al sacrificio, no se entregó tampoco á esa resignación callada y triste, cuyo silencio sofoca el dolor sin mitigarlo. Su carácter varió algo, sin que él se diera cuenta, mas no llegó á sufrir una verdadera transformación. Las fibras de su corazón eran tales, que no podían bastardearse al ser azotadas por la desgracia, como no hubieran cambiado tampoco acariciadas por la fortuna. Aquella incredulidad burlona con que siempre acogió cuanto no podía aclarar

razonándolo, se acentuó y se hizo más amarga; su gracia para zaherir cobró acritud, sus chistes tomaron tono de quejas dichas en broma; pero la propensión cómica quedó dominando siempre en sus labios; pronta á ridiculizar cuanto sus ideas y aficiones le señalaban digno de vituperio. Los reverses no le arrancaron el entusiasmo por lo que amaba, ni exacerbaron su escepticismo; pero, al convertirse de que las condiciones de la vida habían variado por completo para él adquirió una serenidad que, contrastando con los pocos años, daba á sus frases un dejo amargo y melancólico. Aun las sátiras más enérgicas parecían brotar tristemente de su boca.

Pasadas las primeras semanas de aquella existencia nueva, dividida entre la biblioteca del Senado, donde su trabajo consistía en dar libros á quien rara vez se los pedía, y las tareas de la imprenta, donde bajo la inspección de Millán iba siendo cada día más útil, comenzó á experimentar cierto reposo que él comprendía no ser definitivo, pero que le halagaba por verlo reflejado en la casa. Si vida de empleadillo y jornalero le producía un puñado de duros, con los cuales había pa-

da ir á la compra y casi con igual frecuencia

á la botica. De la abogacia no se volvió á hablar: lo de seguir carrera fué un sueño, y, sin embargo, el haber tenido que renunciar á ella era la pesadumbre de toda la familia. Cada cual lo sentía á su manera: Doña Manuela no decía sino: — ¡Hijo mío, cuánto trabaja! El padre no se recataba para confesar á veces aun delante de gentes: — “Estará en la imprenta.” Leocadia, sin disimular la repugnancia á lo que en su hermano había de obrero, hablaba del *destino* ó el *empleo*, y cuando le veía volver á casa, instintivamente le miraba á las manos, temiendo que trajera en ellas alguna señal sucia de su honrosa labor. No lo podía evitar: tenía esa vanidad madrileña que pretende cubrir con perifollos de seda la falta de ropa blanca, y que prefiere el adorno de a sala al cuidado de la alcoba.

Pepe participó también, en cierto modo, de ese sentimiento que tiende á ocultar al prójimo la propia miseria. Hubo una persona á quien no tuvo el valor de confesar que trabajaba en la imprenta de Millán, y esa persona fué su novia, la señorita de coche, como la llamaba Leocadia. Pepe había dicho claramente á Paz la situación de su familia; que su padre era un antiguo y modesto fun-

cionario de Hacienda; que el tuvo que abandonar la carrera por falta de recursos para seguirla, ateniéndose á un empleo concedido casi por caridad; pero no pasó adelante: nada dijo de la imprenta, del apoyo de Millán, de las guleradas, ni de sus tareas de jornalero. En un principio no fué completamente franco por aquella misma picara vanidad de Leocadia, y después por falta de valor: aun conociendo á Paz, como llegó á conocerla, tuvo miedo á decirle:—"El hombre á quien amas, tú, la señorita rica, mimada por la fortuna, va por las noches á ganarse un jornal que cobra los sábados como los herreros y los albañiles." Imaginó que la perdería: era á sus ojos enteramente absurdo que Paz, después de saber esto, siguieron enamorada de él. La vida moderna le ofrecía á cada paso ejemplos de hijas de familias poderosas á quienes por un capricho amoroso había que casar con un mal periodista, con un abogado, con un cualquiera, aún de lo más pobre de la clase media; pero, ¿quién vió jamás en estos tiempos que una señorita hecha á pisar alfombras y ceñirse el talle con sedas, entregara la mano á un jornalero? Pepe cayó, sin temer á que ella supiera toda la verdad, pero

sin valor para decirle con sus propios labios. Al oirla exclamar con frecuencia entre apasionada y mimosa. "¡Pepe mío, cuánto te quiero!" le acometían impulsos de revelar aquello que le ocultaba como una infamia; pero luego, contemplándola vestida con todos los primores del lujo, retiraba las manos ó se las examinaba al descuido, temeroso, como su hermana, de hallar impresa en ella la sucia mancha del trabajo.

